Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 12 (2001)

Artikel: Benito Pérez Galdós y el cuento literario como sistema
Autor: Peñate Rivero, Julio
Kapitel: El filósofo materialista
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840902

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 23.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

EL FILÓSOFO MATERIALISTA

EDICIÓN Y ARGUMENTO

Segundo relato de la serie, apareció una semana después del anterior, el 15 de marzo de 1868[1], el mismo día que una "Revista de la semana" sobre el desarrollo de las comunicaciones a nivel mundial y la especulación económica en España (con alguna que otra alusión literaria)[2].

Estos monólogos, según nos recuerda una introducción, obedecen a la curiosidad de un filántropo que, en sus visitas a un manicomio, se dedica a copiar los soliloquios de algunos alienados. Quizás sólo por una broma tengamos acceso al que sigue: con un violento tirón, un loco entierra hasta la nariz el sombrero del copista atareado con el monólogo de un interno. Al recobrar la visión ya se le han dispersado los papeles. Vuelve otro día, "pero el loco no quería hablar y se vio precisado el copista a entretener su pluma en otro maniático de los más notables de la casa".

El alienado nos cuenta su conversión a la filosofía materialista, después de una época en que, desgarrado entre ilusiones, esperanzas y presentimientos, vivía en continuo martirio. No se daba cuenta de la gran majadería que era "molestarse en pensar, en querer y en sentir". La revelación se produjo en forma gastronómica, durante un banquete con un cartesiano furibundo, con quien, entre bocado y bocado, define el principio de la filosofía: "Como, luego existo". A partir de entonces, la claridad se instaló en el narrador: "Al fin sorprendí todos los arcanos de la naturaleza y todos los misterios del

---

1 Recogido posteriormente por Shoemaker (1972: 458-461) e Izquierdo Dorta (1994: 95-100).

2 El final de esa crónica acaba con dos líneas que pueden resumir toda una valoración literaria sobre dos de los novelistas más populares del siglo XIX en España: "Dice que D' Israeli fue mal novelista antes de ser hombre político. ¡Horror! [Pérez] Escrich y Ortega y Frías van a querer mandarnos" (ver nuestros comentarios sobre la novela por entregas en *El viaje redondo* y, sobre todo, en *La novela en el tranvía*).

alma y de la vida": el átomo, materia prima de toda vida, tanto de una piedra o de una flor como de un deseo. El alma no es más que una posición especial de los átomos. El corazón viene a ser una esponja empapada en los diferentes sentimientos de amor, odio, celos y otros líquidos, comparable a una bodega "donde el consumidor halla toda clase de licores, los cuales se sirven también a domicilio".

Antes de poner en práctica sus teorías, dice haber guardado su alma cuidadosamente doblada, metido en un estuche al pensamiento después de quitarle el polvo y envasado los sentimientos atándolos cuidadosamente uno a uno. Los puso bajo llave, "con lo cual quedé muy sosegado y satisfecho". Para poner en marcha su proyecto de clasificar y encerrar en sus respectivos frascos todas las facultades del alma, realiza un primer experimento de laboratorio que le permita destilar el amor. Un criado suyo, locamente enamorado de la hija de la portera, será el material perfecto. Aprovechando que está dormido, lo pone a la temperatura conveniente para extraerle algunas gotas de amor puro. El gato, a cuya piel aplica una, muere, según nos cuenta el investigador, "en un arrebato de pasión", entre ayes lastimeros.

Para obtener algunas muestras de pensamiento, pone a disolver en arsénico a un muchacho de dieciocho años, bastante listo. Cuando la idea empieza a precipitarse en el fondo del vaso y el sabio se dispone a recoger algunas partículas de pensamiento, se presenta la policía acusándolo ("¡qué embuste!") de doble asesinato. Pretendiendo él analizar algunas gotas de aquel craso error y descortesía, golpea en la cabeza a uno de los agentes. El experimento termina ahí: el investigador es detenido y encerrado en una jaula. Concluye su relato tachando a la humanidad de loca, soñadora y visionaria: si lo hubieran dejado, habría producido hombres tan fácilmente como se fabrican cerillas.

RASGOS GENERALES DE COMPOSICIÓN

El texto empieza recordando al lector la complejidad de la autoría de toda la serie: no se trata de soliloquios que llegan "directamente" al destinatario sino que tenemos un emisor inicial, un transcriptor (el "filántropo curioso que copió por taquigrafía") y un editor anónimo que ha publicado el texto. Este último se borra, no dice nada de sí mismo, como para hacernos olvidar su intervención en el proceso. De este modo, intensifica la sensación de imparcialidad comenzada con la información de que el texto fue transcrito a partir

de un discurso directo e ininterrumpido. Así la historia ha de resultar creíble en un doble sentido; por un lado, en cuanto a su literalidad: lo que leemos fue dicho así por el personaje; por otro lado, en cuanto a la relación entre el autor empírico del enunciado y éste mismo. Retomando la distinción de Ducrot, el sujeto hablante es al mismo tiempo locutor y enunciador, responsable del acto ilocutorio y autor del punto de vista que se expresa en él, es decir, el filósofo (al igual que el neo, el espiritista y el donjuan) cree lo que dice y asume su trayectoria hasta el momento de narrarla. Es pues, en este nivel de relaciones donde se produce la distancia irónica común a los cuatro textos de la serie. Ésta no se sitúa entre discurso y personaje sino entre éste, loco hasta el final y el lector, presumiblemente cuerdo y consciente de la profunda disonancia entre dicho personaje (percibido a través de su discurso) y el mundo en el que actúa[3].

Esa cuasi desaparición de un narrador que parece querer limitarse a los mínimos datos posibles sobre el marco de la narración viene a cumplir la misma función de las estrategias que insisten más explícitamente en la distancia entre el autor y el relato: se trata de hacer creer, de hacer verosímil (dentro de lo convencional de la verosimilitud en el texto ficcional) que el relato original llega al lector lo menos manipulado posible y que, por lo tanto, lo que éste lee corresponde literalmente o casi al texto primitivo. A ello se orienta la clásica evocación del manuscrito original en obras tan diversas como *Don Quijote*, *La letra escarlata*, *Otra vuelta de tuerca*, *La náusea*, *La familia de Pascual Duarte*, *La casa de los espíritus*, con una amplia gama de modalidades no excluyentes entre sí, por ejemplo: la recuperación casual de los manuscritos (en particular la primera y la última obra citada), la pérdida de una parte (las dos primeras páginas de la declaración del Dr. Yu Tsun en *El jardín de los senderos que se bifurcan*), las modificaciones aportadas por motivos de estilo (*La vida de Mariana*) o de contenido (*Prefacio a Delfina*, donde Madame de Staël dice haber eliminado de las cartas originales lo relativo a los hechos políticos), la acumulación de documentos sonoros a los

---

[3] Ducrot (1984: 191-204). Ducrot distingue también entre locutor en cuanto tal y locutor en cuanto ser en el mundo. La única característica del primero es ser responsable de la enunciación. El segundo es una persona completa, para quien la responsabilidad del discurso no es más que una característica entre otras. Podríamos utilizar aquí esa distinción, teniendo en cuenta su carácter abstracto y meramente descriptivo. Reboul (1985: 79) ha señalado la equivalencia entre esta distinción y la de Genette en *Figures III* (1972), a propósito de *A la recherche du temps perdu*, entre Marcel en cuanto narrador y Marcel en cuanto personaje.

escritos (sirviéndose del magnetófono en *Yo el Supremo*), la inclusión del propio manuscrito dentro del texto narrado (*Cien años de soledad*).

De esa manera se consigue (siempre por convención), según lo observa Tacca[4], un estatuto diferente en relación con la narración tradicional: en aquélla, la esencia precede a la existencia, el género al texto, el autor a la narración. En ésta, en cambio, el documento existe antes de alcanzar entidad literaria y es esa pre-existencia lo que le otorga su credibilidad: ha sido leído antes de ser escrito[5].

El grado de precisión sobre el tratamiento que el manuscrito original recibe entre los distintos niveles difiere ampliamente de unos textos a otros, desde la explicitación más detallada a su ausencia total, pasando por un mínimo de indicaciones, como en la serie que aquí se analiza. Ignoramos de qué modo han intervenido en la configuración final del texto que leemos, tanto el filántropo como, sobre todo, el autor de la información preliminar: este último, al no decirnos nada al respecto, parece pretender limitarse a la función de editor, sin modificar el relato que formalmente nos llega narrado en primera persona por su protagonista. Sin embargo, incluso en este tipo de texto es siempre perceptible la presencia de un narrador ficcional (aunque esa función pueda ser asumida por el propio autor[6]), según ha mostrado Gnutzmann[7] en su detallado estudio sobre *Macario*, de Juan Rulfo, analizando la sintaxis, las metáforas, las analogías, los puntos suspensivos o el propio título, es decir, todos los rasgos textuales no atribuibles al personaje, dadas las características de éste.

En nuestro caso, existe manipulación en los soliloquios, además de por esos mismos puntos, por muchos otros que dan al conjunto cierta uniformidad general: en todos hay una continuidad y una coherencia narrativas no creíbles en ese tipo de enfermos. Cada uno narra el proceso de degradación mental del personaje como si, en ese

---

4 Tacca (1985: 57-58).

5 Augusto Roa Bastos (1976: 467) lo expresa perfectamente en *Yo el Supremo* ("Nota final del compilador"):

> Ya habrá advertido el lector que, al revés de los textos usuales, éste ha sido leído primero y escrito después. En lugar de decir y escribir cosa nueva, no ha hecho más que copiar fielmente lo ya dicho y compuesto por otros. No hay pues en la compilación una sola página, una sola frase, una sola palabra, desde el título hasta esta nota final que no haya sido escrita de esa manera.

6 Genette (1972: 226).

7 Gnutzmann (1991).

aspecto, el alienado fuera perfectamente equilibrado. Todo está hecho para que, a medida que se avance en ellos, aumente la distancia irónica entre narrador y lector (intención que no debe de ser la del personaje). Se terminan siempre con una conclusión del narrador, que persiste en su alienación. Formalmente, hay incluso una serie de pausas textuales (marcadas tipográficamente con estrellitas) para indicar un nuevo paso en la historia[8].

La intención primordial que las huellas del autor-fautor, como llamaría Tacca al de nuestro relato, dejan entrever, es producir una relación irónica entre lector y personaje a partir de la caricatura de este último mediante la exageración de una característica, su particular ideología filosófica. Si la apasionada lectura de la prensa neocatólica era el rasgo caricaturizador del neo y el motivo fundamental del relato, aquí el texto insiste más bien en la inhibición moral con que el filósofo enfoca y realiza sus experimentos[9]. Para ello el texto se articula en torno a dos tiempos fuertes, la presentación de la nueva filosofía del protagonista y su puesta en práctica en el campo de la experimentación. A su vez, el primero se divide en dos fases, la iluminación (el descubrimiento de la verdad sintetizado en la nueva versión de la tesis cartesiana, "como, luego existo") y la reestructuración de la visión del mundo en torno al descubrimiento de un nuevo principio general: todo es materia, incluso el alma, el pensamiento y los sentimientos. El segundo también consta de dos fases, la experimentación, con las dos muertes que provoca, y sus consecuencias: la detención y el encierro en la jaula.

Así pues, hay en el relato, por una parte, una estricta selección de las peripecias narrativas y, por otra, un riguroso encadenamiento de etapas, tanto en la historia como en el discurso (éste sigue una cronología lineal). Ambos factores parecen destinados a mostrar lo inevitable del desenlace teniendo en cuenta el punto de partida

---

8 Hipotéticamente, esas pausas y saltos adelante podrían corresponder, en el nivel de la copia por el filántropo, a preguntas suyas para relanzar la narración. Estaríamos entonces ante un diálogo a dos voces, dirigido por el encuestador en un sentido determinado (hacerse contar los puntos más significativos de cuatro trayectorias humanas). Por consiguiente, habría manipulación de la fuente narrativa y se trataría de un diálogo, no del soliloquio que pretende el editor.

9 Aquél incidía sobre todo en el elemento desencadenante del proceso; *El filósofo*, en sus consecuencias; en *El Neo*, la pretensión de quemar la ciudad estaba presentada como un corolario normal de las lecturas. Aquí, en cambio, se insiste mucho menos en el factor desencadenante, el banquete con el racionalista. Cada texto enfatiza un aspecto determinado, contribuyendo a la variedad temática de la serie.

inicial, el error del protagonista en su percepción de la realidad. Por lo tanto, podemos considerar que la estructura del relato, tal y como nos llega a nosotros, se opone radicalmente al contenido que su protagonista pretendía darle: el de un alegato frente a la incongruencia de su detención por esa humanidad ignorante que le impide fabricar hombres como cerillas[10].

EL PROTAGONISTA Y SU CONFLICTO

Así pues, la conclusión de lo aquí dicho sería que también en este nivel del análisis aparece la dimensión irónica del relato al oponer su estructura formal a la intención de su propio narrador y protagonista[11]: a medida que avanza la narración, aumenta la distancia entre el narrador y el lector. Allí donde aquél pretende basarse en la pura observación como valor supremo, nosotros echamos de menos la fuerza rectora de algún principio moral. Lo que para él son pruebas de su cordura científica, para nosotros lo son de su locura. Donde él ve ignorancia supina por privar a la humanidad de un científico de su talla, nosotros vemos con alivio la supresión de un grave riesgo para ella.

Relacionando este punto con las funciones habituales del narrador, diríamos que la informativa es aquí de tipo instrumental, es decir, con el objetivo de mejor realizar la ideológica (justificar, explicar, hacer comprender la trayectoria del personaje). Pero en la medida en que la información se lleva a cabo, la función ideológica fracasa, puesto que el narrador manifiesta una indiferencia total frente a valores (teóricamente) centrales en nuestra cultura como el respeto por la integridad personal de los demás o, simplemente, por la vida humana. Él está focalizado en un sólo aspecto de la realidad y esa focalización exagerada le convierte, precisamente a él, en una caricatura de persona.

---

[10] Cabe la posibilidad de que esa oposición se encuentre en el soliloquio, tal y como lo ha emitido el filósofo; pero no es menos plausible que se deba a la mano del copista o/y del editor ficcional.

[11] La caracterización que recibe este personaje, al igual que los del conjunto de la serie, ha permitido a Schulman (1982:19) relacionarlo con el esperpento valleinclanesco. Ello no significa descalificar al personaje y obviar su descripción: nosotros lo tomamos, al igual que a cualquier protagonista narrativo, como un actante textual cuyo análisis es necesario para la comprensión del relato.

La sobriedad narrativa utilizada destaca frente al barroquismo expresivo del relato precedente, donde funcionaba por sí mismo como elemento distanciador (frases largas y ampulosas, adjetivación excesiva, reiteraciones, mezcla de lenguas y de códigos culturales como la literatura cristiana y la pagana, etc.). En efecto, a veces el narrador parece estar describiendo en un cuaderno de notas: tanta es la sobriedad estilística y la monotonía de su expresión. Sin embargo, también ese factor juega en contra suya, ya que contribuye a dar la impresión de alguien insensible moralmente, interesado sólo por el resultado de su investigación e indiferente a las personas que utiliza como mero instrumento clínico.

Por otra parte, contribuye también a nuestro rechazo el hecho de que, en oposición al neo, una víctima más de la influencia de lecturas nocivas, el filósofo muestra estar situado en otro medio: su familiaridad con corrientes ideológicas de importación relativamente reciente como la del materialismo[12] lo sitúa en el polo opuesto a las ideologías ultraconservadoras y también lo posiciona en un nivel cultural más elevado y restringido, más bien próximo a la élite difusora de ideas que a los meros consumidores reclutados por ella. Por consiguiente, su capacidad de influencia y su nocividad son mucho mayores que las del neo, mero seguidor fanatizado de ideologías de las que sólo conoce los tópicos más superficiales (aunque tal vez, según Galdós, la superficialidad sea precisamente su rasgo más profundo). Esa capacidad nociva, ese negativo poder del antihéroe sobre su entorno, se concreta en su acción práctica: el personaje dispone de medios para llevar a cabo sus proyectos y los lleva, al menos parcialmente (con fatales consecuencias para sus dos víctimas mortales y menos graves para el policía herido en la cabeza).

A este respecto, importa destacar el funcionamiento de una dimensión característica del relato, breve o extenso, como es el conflicto. Lo que resalta e inquieta en este caso es su ausencia allí donde cabría esperarlo en primer lugar: por un lado, las víctimas no pueden crear el conflicto de oposición con su verdugo al carecer de la más mínima posibilidad de enfrentársele. Por otro, tampoco la conciencia de "científico" le plantea ninguna tensión, ni antes ni después de sus experimentos. El conflicto en este nivel no existe y su ausencia es tan significativa o más que lo sería su presencia pues nos indica el grado de amoralidad del personaje y alude a lo monstruoso de su acción si continuara en libertad. Y cuando por fin el protagonista entra en conflicto (con los agentes que vienen a dete-

[12] Comentamos este aspecto en la parte final de nuestro estudio sobre este relato.

nerlo), el lector no lo siente como tal sino, al contrario, como el regreso del mundo descrito a un equilibrio roto por la acción del filósofo materialista.

TIEMPO, ESPACIO Y CIENCIA

El relato hace referencia a una amplitud temporal bastante notable entre el inicio y el final de los acontecimientos. La fase anterior a su iluminación filosófica es evocada con cierta vaguedad insinuando gran lejanía en el tiempo ("En los tiempos que yo no era filósofo mi vida era un continuo martirio"). Después evoca una fase de reflexión que tampoco parece muy corta ("Principiaron mis grandes especulaciones y al fin sorprendí todos los arcanos de la naturaleza"), a la cual sigue la última, de puesta en práctica ("Un día quise enseñar mis teorías"), en la que los acontecimientos por fin se aceleran: el investigador realiza dos experimentos y el último es interrumpido por la policía. Si descontamos las rápidas alusiones a la época anterior al descubrimiento del materialismo por el filósofo, el discurso se centra en los tres lapsos de tiempo pero sugiere que el desarrollo de la historia contiene una amplitud temporal mucho mayor. La acción del personaje se convierte así en el fruto último de una evolución ideológica que impide considerarle como simple juguete de una propaganda momentánea y superficial y, por consiguiente (según hemos comentado), aumenta la gravedad de su praxis.

Es en el último de los tiempos mencionados donde se concentra la acción. En los anteriores el texto se limita a describirnos las fases de la evolución interna del personaje. Ese ritmo básicamente lento, en contraste con el del relato precedente, indica de nuevo que estamos ante un personaje, un tipo de acciones y una problemática diferente del anterior, notas todas que inciden en destacar la consistencia del peligro representado por el filósofo, no tanto como individuo particular y concreto sino como representante textual de una perturbadora corriente de pensamiento con cierta capacidad de influir socialmente, con lo cual el relato remite casi explícitamente a un referente social que enseguida precisaremos.

En relación con *El Neo*, donde las menciones espaciales eran repetidas y abundantes, puede llamar la atención su escasez en este relato. Habría, quizás entre otras muchas, al menos cinco razones que se combinan para explicar esta sobriedad: en primer lugar, el personaje habla desde el mismo centro que el neo, un manicomio madrileño; por lo tanto, el teatro de sus operaciones se habrá situado en esta

localidad o próximo a ella. Pero al margen de esta razón de orden argumental, existe otra relativa al ambiente propio de este texto: se trata de un relato básicamente intimista, donde lo esencial es el proceso interno del personaje y su acción personal, limitada en lo físico a los cuatro muros de su casa (aunque con una onda expansiva intelectualmente mucho más amplia). En conexión con este punto estaría el estatuto del narrador: se trata del mismo protagonista y como se halla interesado únicamente en su persona y en sus experimentos, no se ocupa para nada del mundo circundante; es comprensible que en su narración ese mundo aparezca sólo cuando hace irrupción para exigirle cuentas de sus acciones. En cuarto lugar, dado el aspecto novedoso que la filosofía materialista tiene para el filósofo (novedad que corresponde a la realidad extratextual de la época), se puede deducir que estamos en un centro culturalmente privilegiado del territorio español, por el cual circulan y en el que tienen aceptación las nuevas corrientes filosóficas extranjeras, circunstancia que limita las posibilidades a pocas ciudades españolas (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla...). Finalmente, el mismo alcance del medio en que aparece el relato, un periódico progresista con un público básicamente limitado a Madrid, puede ser otro factor que, sumado a los anteriores, permite comprender la ausencia de marcas espaciales más explícitas en este relato (y en los siguientes de la serie).

Situándonos dentro del universo ficcional del texto, observemos que si el espacio puede funcionar como signo revelador del personaje cuando éste es visto a través de aquél[13], la restricción de su presencia a unos trazos mínimos también ha de ser significativa. En este caso, según hemos apuntado unas líneas más arriba, la limitación de su presencia a un discreto segundo plano, ayuda a caracterizar al protagonista como alguien centrado en sí mismo, desconectado del mundo, indiferente a él, encerrado en sus propias teorías, confundiéndolas con la realidad, es decir, alguien que cae en lo más opuesto a lo que él pretende ser, en el idealismo más simplificador bajo apariencia de lo contrario.

A este propósito, conviene destacar algunos de los componentes de la actividad científica en la que se inscribe la acción de nuestro sabio quien, en principio, sigue las diferentes etapas del ciclo experimental. Descritas por Claude Bernard[14] tres años antes de la apari-

---

[13] A este respecto, ver los comentarios de Garrido Domínguez (1993: 216-218) y de Bourneuf y Ouellet (1981: 122-123).

[14] Bernard (1966: 54): "El sabio completo es el que abarca a la vez la teoría y la práctica experimental: 1) constata un hecho; 2) a propósito de ese hecho, nace

ción de este texto, se pueden sintetizar de la manera siguiente: la observación de los hechos de la cual nacen las hipótesis como intentos de explicación; su confrontación con la realidad mediante la verificación que se compone esencialmente de diversas experimentaciones; la formulación de leyes y teorías (con sus diferentes categorías y clasificaciones) sobre la realidad observada, en la medida en que la verificación confirma las hipótesis anteriores. Nuestro investigador parece adaptarse a esa progresión: parte de una observación inicial de tipo gastronómico, de la cual saca una hipótesis sobre la realidad (su composición únicamente de materia) y procede luego a una serie de experimentos en laboratorio con la intención de clasificar "todas las facultades del alma y sus funciones particulares"[15].

Sin embargo, su conformación a las reglas del ciclo experimental no es más que aparente: cuando el filósofo decide experimentar en su laboratorio, no lo hace para *poner a prueba* sus hipótesis, ya sean de trabajo o teóricas (más elaboradas), sino *demostrar* que está en la verdad: "Mi intención fue demostrar con ejemplos y con la observación la verdad de mi sublime teoría". Es decir, su actitud es perfectamente anticientífica: parte de que su teoría[16] es indiscutible y la finalidad de su experimentación no es otra que ilustrarla. Su actividad experimental es, por ese motivo, radicalmente opuesta a la que permite el progreso del conocimiento: en la experimentación, la teoría deja de serlo para convertirse en hipótesis fundada, no en verdad incuestionable. La función de la observación experimental no es demostrar una teoría sino poner a prueba una hipótesis[17], admitiendo la posibilidad de refutarla.

---

una idea en su espíritu; 3) a partir de esa idea, razona, instaura una experiencia, imagina y realiza sus condiciones materiales". La primera edición de su estudio, referencia fundamental para la ciencia moderna, es de 1865.

15 El orden de esos pasos no es en realidad tan riguroso como cabría pensar. Las distintas operaciones pueden ser más bien simultáneas que sucesivas, puesto que están en interacción a lo largo de todo el proceso. Como dice Bourdieu (1968: 89) a propósito de las diferentes etapas, "es en realidad todo el ciclo el que está presente en cada una". Pero lo notable es que aquí, a primera vista, nuestro sabio se conforma a ellas.

16 Su teoría, en realidad, no es tal: no se basa en ninguna observación atenta ni preparada ni, menos aún, sistemática. Precisemos que, ya años antes, Auguste Comte había admitido la necesidad de apoyarse en algunas bases teóricas para dar sentido a las observaciones aisladas, pero sólo como punto de partida: según el investigador francés, la auténtica teoría debe estar, necesariamente, basada en las observaciones (1968). Sus *Cursos* fueron publicados inicialmente entre 1830 y 1842.

17 La hipótesis, definida por Claude Bernard (1966: 67) como "una interpretación

Por no respetar estos principios, los resultados de la investigación, en el terreno estrictamente científico (dejando de lado los aspectos morales de la misma) carecen del más mínimo valor: por ejemplo, nada permite afirmar que las muestras recogidas poniendo a su criado a 49 grados de temperatura sean esencia de amor puro (en ese caso constituirían una prueba) y no, sencillamente, gotas de sudor. Así pues, estamos ante una profunda diferencia entre el respeto aparente de la investigación científica y la oposición real a la misma por parte del "investigador", oposición de la que él no parece ser consciente pero que ha de imponerse a la reflexión del lector.

EN TORNO A LA TEORÍA MATERIALISTA

Al contrario de *El viaje redondo*, de *Necrología* o de *El neo*, acabamos de ver que la intertextualidad más notable no se relaciona aquí con textos literarios o religiosos sino filosóficos y científicos. Hablando del método científico, hemos citado dos textos clásicos, uno referido al procedimiento científico general (la *Introduction* de Claude Bernard) y otro más precisamente vinculado a las ciencias humanas (los *Cursos* de Comte). Se trata en ambos casos de textos aparecidos antes del relato (tres años antes el de Bernard, veintiséis el de Comte) y de autores lo suficientemente notables dentro de la ciencia moderna como para ser conocidos en los círculos intelectuales de la época y llegar a Galdós a través de lecturas, de discusiones en el Ateneo, en las redacciones de prensa y en las mismas tertulias de café (recordemos, a este propósito, su habitual asistencia a la tertulia del Café Universal).

Antes de seguir adelante, conviene realizar brevemente algunas consideraciones en torno al pensamiento materialista en general y a su entrada en España. En algunos casos como en Raynal, el materialismo se limita (lo cual no es poco) a someter al determinismo físico el orden moral, religioso y político, admitiendo un dualismo en la realidad (lo físico, dominante, y lo espiritual, dominado). Pero la tendencia que más se afirma (Helvetius, La Mettrie, Holbach) suprimirá ese dualismo de forma radical: apoyándose en los físicos y los biólogos que sólo ven en la realidad un conglomerado de partículas

---

anticipada y racional de los fenómenos", debe ser racional, plausible, provisional y operatoria (apta para ser puesta a prueba). Podemos, pues, preguntarnos si la teoría de nuestro investigador merece siquiera la categoría de hipótesis...

elementales, de *átomos* (el término aparece en el relato de Galdós) cuyas disposiciones varían en cada caso, deduce la no existencia de más seres ni de más mundo que el corporal o material y sostiene que no hay finalidad providencial: Dios es sustituido por la Naturaleza creadora cuyo desarrollo y leyes propias envuelven a la totalidad de los seres. El hombre, una vez que penetra en ella, la puede utilizar en su beneficio y lograr un progreso material de posibilidades infinitas (a fin de cuentas, se viene a crear otra metafísica, en este caso no del espíritu sino de la materia).

Dejando de lado los precedentes vinculados al pensamiento griego[18], el moderno materialismo filosófico se desarrolla en el siglo XVIII como respuesta al idealismo entonces dominante y también como oposición al poder religioso y político establecido. Se afirma en el siglo XIX con el triunfo de la teoría atómica en el dominio de la Física y de la Química e incluso en el XX, diversos pensadores[19] se esfuerzan en mostrar algún aspecto de su pertinencia cuando sostienen la racionalidad de la materia, puesto que unas leyes tan teóricas como las de las Matemáticas hallan su correspondencia en la realidad. Dicho en otros términos, tanto el materialismo como el idealismo suavizan sus posiciones: el primero no niega la existencia del pensamiento, pero se niega a aislarlo de un mundo exterior, independiente de la conciencia. El segundo, ante los progresos de la ciencia, no puede negar la existencia de un mundo exterior.

En el texto de Galdós se juega sistemáticamente con los componentes de la filosofía materialista: el protagonista descubre "todos los arcanos de la naturaleza" dándole el protagonismo esencial de la realidad. El núcleo central de la naturaleza es el "átomo fecundo", que viene a ser "la materia prima del alma". Ésta queda reducida a un puro asamblaje físico, a una "posición especial de los átomos", como lo son el deseo y el fósforo, el afecto y el azufre, la sangre y la idea, "la masa encefálica y la aptitud para hacer versos alejandrinos". Para generar el pensamiento, el cuerpo realiza operaciones y movimientos que recuerdan a los de una máquina: "Cuando yo pienso, se desarrolla

---

[18] Ya filósofos de los siglos VI y V antes de Cristo, como Tales, Heráclito o más tardíos como Epicuro, observan que todo es movimiento en la naturaleza. La disputa entre materialistas e idealistas es intensa en los siglos XI-XII. Posteriormente, Bacon (siglo XIII) y Locke (en la segunda parte del XVII) destacarían el papel fundamental del mundo exterior en la emergencia de nuestras ideas. A partir de aquí encadenamos con el desarrollo del materialismo en la Francia prerrevolucionaria y, a continuación, con su amplia divulgación durante el siglo XIX.

[19] Entre ellos Bachelard (1953), por otro lado muy vinculado a la creación poética.

lentamente en mi cerebro un hilo que va a enrollarse en una especie de cilindro que tenemos debajo del casco". Ese aparato, convenientemente conectado a "una gran retorta con un alambique, un hornillo y algunos tubos de vidrio" es capaz de producir, por reacción química, tanto "medio cuartillo de amor puro" como unas "partículas de pensamiento". Dichos elementos no son más que los primeros componentes de otros cuerpos, fabricados por el científico si le hubieran dejado hacerlo.

Para ver hasta qué punto es estrecha la correspondencia entre el relato galdosiano y la filosofía criticada, lo relacionaremos con uno de sus textos más significativos (aunque no de los más conocidos) por ser uno de los primeros en llevar al extremo las tesis materialistas: *L'homme-machine*, publicado en 1747 por La Mettrie en Leiden. Para el médico y filósofo de Saint-Malo, al igual que para el protagonista galdosiano, es la Naturaleza, como realidad fundamental, la que inscribe en el hombre la disposición para sus habilidades, ciencia y virtudes: "No tenemos cualidades inestimables sino por ella; a ella le debemos todo lo que somos"[20]. El alma, en cuanto entidad espiritual, sólo es un término del que no se tiene la menor idea y que no debemos usar sino para referirnos a la parte de nosotros que piensa. Se trata de "una parte material sensible del cerebro que se puede mirar, sin temor a equivocarse, como un resorte principal de toda la máquina, que tiene una influencia visible sobre todos los otros e, incluso, parece haber sido hecho el primero"[21].

La Mettrie insiste varias veces en la realidad del cuerpo como una máquina que monta ella misma sus resortes, imagen viva del movimiento perpetuo, para concluir su tratado afirmando que el Hombre *es* una Máquina y que su tesis no obedece a prejuicios ni a su sola razón sino que se basa en las múltiples experiencias de sus sentidos: "Así pues, la experiencia me ha hablado por la razón; es así como las ha reunido todas juntas"[22]. Concluiremos observando cómo el uso de la comparación aproxima y separa a ambos textos: con toda seriedad, La Mettrie describe así el funcionamiento del cerebro para producir las palabras:

> Como una cuerda de violín o una tecla de clavecín gime y produce un sonido, las cuerdas del cerebro, golpeadas por los radios sonoros, son ex-

---

[20] La Mettrie (1921: 88). La traducción es nuestra.

[21] *Idem*, pág. 123.

[22] *Idem*, págs. 142-143. A tenor de lo que hemos visto más arriba, el filósofo galdosiano podría firmar sin pestañear todas y cada una de estas tesis.

citadas para dar o decir las palabras que las tocaban[23].

Se diría que Galdós tiene presente ese texto para describir las actividades corporales y que lo utiliza como falsilla compositiva pero, y aquí está la diferencia, en clave de humor:

> Las facultades del alma son debidas a la repercusión íntima de unos átomos contra otros. Cuando yo quiero se verifica en mí una cosa semejante a la que se observa en un cepillo de dientes cuando las crines, frotándose unas con otras, producen una vibración casi imperceptible.

Lo que en el texto de La Mettrie se afirma con total seriedad, cobra en el galdosiano un evidente tono de burla por el simple elemento de comparación empleado. El filósofo francés utiliza *violín* y *clavecín*, instrumentos que evocan actividades nobles, artísticas casi diríamos "espirituales", para conquistar al lector con un nivel de referencias atractivo. El filósofo galdosiano, en cambio, no tiene otra ocurrencia que la de un instrumento vinculado a lo prosaico, a lo desechable, a la suciedad cotidiana, sin olvidar que el efecto musical de ambos instrumentos dista mucho de ser equiparable. El lector queda más atento a lo llamativo de la comparación que a su finalidad, por lo que la tesis pierde toda posibilidad de ser valorada y aprobada.

Posiblemente la crítica expresada en este relato tenga en su punto de mira a las primeras manifestaciones, aún muy tímidas, del positivismo en España; muy tímidas porque, si creemos a López Aranguren[24], 1875 sería, junto con el establecimiento de la Restauración, el año de la recepción oficial del positivismo en el país de tal manera que se convertiría en el tema de moda en las discusiones ateneísticas tanto en Madrid como en Barcelona y también uno de los asuntos preferidos de dos influyentes publicaciones, la *Revista Contemporánea*, fundada en 1875 por José del Perojo a su vuelta de Heidelberg, y los *Anales de Ciencias Médicas*, aparecidos un año después (ambas son buenos índices de la amplitud de los debates, una en el campo más estrictamente filosófico, la otra en el de las ciencias médicas)[25]. Pero ya en años anteriores hay muestras suficientes de su aparición en España como, por ejemplo, este mismo texto de Galdós, el gran revuelo armado en 1869 a propósito del folleto titulado *Dios*, del médico catalán Suñer y Capdevila; los artículos y

---

[23] *Idem*, pág. 83.

[24] López Aranguren (1965: 164).

[25] Núñez Ruiz (1975: 41-59).

traducciones de tendencia materialista publicados durante 1870 en la revista *Justicia Social* y el discurso de Patricio de Azcárate pronunciado el mismo año en la Sociedad de Amigos del País de León: "Del materialismo y positivismo".

LA REACCIÓN KRAUSISTA

La doctrina positivista, asociada como se ve en este título al materialismo, ya estaba lo suficientemente introducida como para hacer reaccionar a los tenores del Krausismo, tendencia filosófica predominante en la década de los sesenta[26]. Así, en 1871, Urbano González Serrano redacta su memoria de doctorado en torno a *Los principios de la moral en relación con la doctrina positivista* y Francisco de Paula Canalejas publica el año siguiente sus *Estudios críticos de Filosofía, Política y Literatura*, en los cuales el materialismo y el escepticismo son considerados ni más ni menos que como los dos males del siglo en el terreno de las ideas[27].

El Krausismo no puede quedar indiferente ante un movimiento que da absoluta preferencia a los hechos observables sobre los principios morales, que proclama como única vía metodológica la observación y la experiencia, y que al monismo metafísico opone el monismo naturalista. Pero la inquietud krausista se concentra esencialmente en las consecuencias de la doctrina materialista sobre un punto preciso, el de la cuestión moral y sus implicaciones concretas ya que el Krausismo concibe la vida social como un organismo sustentado en bases morales. Situada en el terreno de la ética, la crítica que el positivismo hace de la metafísica puede implicar "la desfundación del edificio moral con sus inevitables consecuencias en

---

[26] Díaz (1983: 46-47), siguiendo a Jobit (1936), divide el desarrollo del Krausismo en dos grandes etapas, de 1854 a 1869 (muerte de Sanz del Río) o 1875 (Restauración) y de 1875 a 1915. La primera sería más doctrinariamente compacta y centrada en Sanz del Río. La segunda, centrada en Giner y en la Institución Libre de Enseñanza, incorporaría tendencia hegelianas, positivistas y kantianas y se caracterizaría por un cierto talante común o, como dirían los mismos krausistas, por una inquietud compartida ante la vida, por una cierta manera común de sentir y de pensar.

[27] Los ataques vinieron también de otros ángulos, bastante diversos: desde el hegelianismo por medio de Antonio María Estapé y su *Examen del materialismo moderno* (1875), hasta la Iglesia a través del cardenal Ceferino González: en su artículo "El positivismo materialista", aparecido en el primer número de *La Defensa de la Sociedad* (1872), se levanta contra una doctrina para la que el alma es una quimera y el pensamiento un afección del cerebro.

todas las esferas de la conducta humana, tanto jurídica como política y social"[28].

El relato de Galdós viene a incidir exactamente en ese mismo punto del desarreglo al que lleva una actitud indiferente a la moral y movida únicamente por la observación y la experiencia: el protagonista nos detalla su visión materialista del mundo y del ser humano antes de poner en práctica sus postulados mediante la experimentación en laboratorio. La brevedad del relato permite que el lector contemple inmediatamente las consecuencias de una actividad científica desprovista de fundamentos éticos: el ser humano deja de serlo para convertirse en una simple materia prima de experimentos. La coincidencia, como sabemos, no es casual, puesto que Galdós, sin ser krausista, compartía suficientes puntos de vista con esta escuela, ya fuera por su formación o pensamiento anterior[29], ya fuera por sus contactos, muy numerosos y continuos con personalidades krausistas: su amistad respetuosa con Giner a través del Ateneo, los cursos universitarios de Lázaro Bardón y de Fernando de Castro, sus contactos con Valeriano Fernández Ferraz en la tertulia del Café Universal, etc.

Aunque Galdós no compartiera el *Ideal de Humanidad*, ni la escasa capacidad operativa de muchos de los presupuestos de la escuela[30], siempre mantuvo con ella algunas coincidencias fundamentales como la importancia de la educación, la tolerancia, la libertad de pensamiento, de prensa, el rechazo de la violencia y todos los elementos que implicaran la secularización y la modernización de la sociedad española, modernización dentro de la cual la literatura debería tener una función no desdeñable abandonando la insustancialidad que la dominaba, por lo menos desde mediados de los años cuarenta, para ocuparse de los problemas de su tiempo y de los cambios sociales que lo caracterizaban[31].

Limitándonos a los dos relatos aquí estudiados, llama la atención cómo en cada uno de ellos alude a uno de los dos principales enemi-

---

[28] Son términos de Núñez Ruiz (1975: 39) resumiendo las valoraciones krausistas.

[29] Beyrie (1980, I: 248-252) insiste en este punto aunque referido más bien al campo de la producción literaria: ya en sus primeros ensayos de Las Palmas, aparecen numerosas convergencias con los escritos de Giner, mucho antes de que Galdós conociera la existencia de este pensador y de su escuela.

[30] Recordemos el magistral estudio de López Morillas (1972: 79-118) en torno a *La familia de León Roch* así como la aproximación general de Jongh-Rossel (1985: 60-84). Sobre los fundamentos estéticos de la escuela en arte y literatura: sigue siendo útil la antología de textos realizada por López Morillas (1990).

[31] Tuñón de Lara (1973: 41-42).

gos del Krausismo señalados por Sanz del Río ocho años antes en el prefacio al *Ideal de Humanidad*: el tradicionalismo apasionado y agresivo de la filosofía escolástica sostenida por el ultramontanismo (que logró hacer incluir el texto de Sanz del Río en el índice romano[32]) y el positivismo estrechamente aliado con las ciencias experimentales. Es el segundo de ellos el que socavaría el predominio de la escuela krausista precisamente porque, como observa López Morillas, atacaba donde menos se lo esperaba: "La sorpresa de los krausistas al oírse tildar de retrógrados—ellos, que se jactaban de ir en la vanguardia del progreso— contribuyó en gran parte a lo desmayado e inhábil de su defensa. Era precisamente el género de ataque para el que no estaban preparados"[33].

En cualquier caso, los dos textos galdosianos toman por diana a los mismos enemigos que el Krausismo define como el mayor peligro para la sociedad española (y para él mismo). Y los combate acudiendo las dos veces a una exposición de tipo argumental. En la primera estaríamos ante un argumento *ad personam*; diríamos que Galdós parece atacar desde arriba, desde una posición de superioridad intelectual, descalificando al adversario por la incoherencia entre el discurso del personaje y lo que él demuestra ser. En la segunda, diríamos que ataca de frente, a un rival mucho más considerable, con un argumento *ad consequentiam*, bastante más elaborado, destacando lo negativo de las consecuencias a las que inevitablemente llevan los planteamientos del contrario.

No es que Galdós se identifique con la escuela krausista pero sí parece compartir su punto de vista a la hora de definir a los adversarios. La diferencia principal entre el Krausismo y Galdós sería que para el primero esos enemigos lo eran de la sociedad española y también de la propia escuela. En cambio, para Galdós esos enemigos lo eran, simplemente, de la sociedad española[34]. Otra enseñanza de

---

[32] Esa prohibición se debió, en gran medida, a la campaña de un periódico que ya hemos visto en el relato anterior, *El Pensamiento Español*: los ataques de Navarro Villoslada y de Ortí y Lara se caracterizaban por su enorme capacidad de amalgama: iban dirigidos contra los que no apoyaban "la causa del Sumo Pontífice, que es la causa del Catolicismo y por consiguiente de la civilización y la libertad verdaderas" (Navarro Villoslada). Valga como segundo ejemplo el de uno de sus redactores que no duda en identificar españolidad, catolicismo e hidalguía: "Todo lo católico es esencialmente español, y español es todo lo generoso, todo lo hidalgo, todo lo caballeresco" (Jongh 1985: 21-22).

[33] López Morillas (1980: 74-75).

[34] Todavía relativizaría más la identidad entre Galdós y la escuela el hecho de que, al menos la inquietud ante el materialismo era compartida por la Iglesia. El

estos dos relatos sería la conveniencia de tomarlos en cuenta a la hora de estudiar a fondo las relaciones de nuestro autor con el Krausismo, al menos en su primera fase, de doctrina más estricta y unitaria.

---

cardenal Ceferino González, ya citado, máxima figura del tomismo español, publica en 1872 cinco artículos en la revista *La Defensa de la Sociedad* atacando al materialismo por las consecuencias sociales y morales que comporta y solicitando la cooperación del Krausismo para combatir a un enemigo común (Núñez Ruiz 1975: 69).